

Aquí, como en *Amoris Laetitia*, se capta perfectamente la idea, subyacente en el documento, de una Iglesia completamente modernista: pues para el modernista, nada es más detestable que una doctrina que pretende ser inmutable, o que una ley moral que no admite excepciones y que no evoluciona con el tiempo. Dado que en el modernismo la fe debe ser un sentimiento que surge del inconsciente del individuo para satisfacer las exigencias y los deseos más íntimos de las personas, es obvio que se vuelve «rígida» toda pretensión de la Iglesia Católica de establecer los dogmas como inmutables. Por eso mismo, aunque el verdadero apostolado cristiano siempre ha consistido en conquistar los corazones de los pueblos catequizados, sometiéndolos a la luz del Evangelio, para los modernistas, amazónicos o no, es el Evangelio el que debe adaptarse a «la vida concreta de las personas». Esto explica por qué el pueblo debe convertirse en un nuevo «lugar teológico»: porque sólo de esta manera se podrá justificar la traición y la falsificación del Evangelio como una nueva revelación, que se prosigue en la historia, en la que la mutación del dogma es legítima y necesaria, y no ya un signo seguro de herejía.

4º El catolicismo, ¿enriquecido por el paganismo?

No es temerario, y sí muy plausible y permisible, preguntarse si los redactores del *Instrumentum Laboris* no han perdido la fe. Cada pasaje alimenta la duda de estar frente a personas que conscientemente pretenden destruir el cristianismo y reemplazarlo con una nueva doctrina favorable a la ecología dominante de los círculos más exclusivos del poder financiero global. Véase, si no, un texto que excede a todos los demás en gravedad:

«Hay que captar LO QUE EL ESPÍRITU DEL SEÑOR A TRAVÉS DE LOS SIGLOS HA ENSEÑADO A ESTOS PUEBLOS: **la fe en el Dios Padre-Madre Creador, el sentido de comunión y armonía con la tierra** (...), **la relación viva con la naturaleza y la “Madre Tierra”** (...), **los ritos y las expresiones religiosas, las relaciones con los antepasados, la actitud contemplativa y el sentido de gratuidad, de celebración y de fiesta, y el sentido sagrado del territorio.** La inculturación de la fe no es un proceso de arriba hacia abajo ni una imposición exterior, sino de un mutuo enriquecimiento de las culturas en diálogo (interculturalidad). Sería oportuno... **reconocer la espiritualidad indígena como fuente de riqueza para la experiencia cristiana**» (nº 121-123).

Obsérvese aquí: • Dios convertido en «Madre» para promover el advenimiento del nuevo culto ecologista de la tierra, concebida justamente como «madre»; • el sentido sagrado del territorio, esto es, la naturaleza deificada en una óptica panteísta; • el cristianismo puesto en pie de igualdad con la espiritualidad indígena que debe enriquecerlo.

¿Un Sínodo para la apostasía?

El Sínodo para la Amazonía, que concluye el próximo 27 de octubre, empezó hace dos semanas con señales preocupantes: manifestaciones pueriles al límite de la blasfemia, liturgia patética y declaraciones inquietantes. Si el Sínodo sigue el camino abierto por el *Instrumentum laboris* (borrador de trabajo) publicado en junio por el Vaticano como base de los trabajos, la preocupación no hace más que aumentar, ya que este documento es un texto escandaloso y un vivero de herejías. Leamos, si no, algunos pasajes del mismo, intentando desvelar la ideología que lo inspira. Pero, antes que nada, señalemos el punto neurálgico del pensamiento del papa Francisco: *el rechazo de un dogma inmutable, universal... católico.*

1º La revelación se prosigue en la Amazonía, nuevo «lugar teológico».

Una de las ideas centrales del pensamiento del papa Francisco resuena en el uso inapropiado de la noción de «lugar teológico». Llámense así los lugares donde la Iglesia encuentra la constancia de la revelación divina, a saber, las sagradas Escrituras, la Tradición, los Santos Padres, los Concilios, el Magisterio de los Papas. Pues bien, según el *Instrumentum laboris*,

«podemos decir que la Amazonía –u otro espacio territorial indígena o comunitario– no es solo un **ubi** (un espacio geográfico), sino que también es un **quid**, es decir, un lugar de sentido para la fe o la experiencia de Dios en la historia. **El territorio es un lugar teológico desde donde se vive la fe, es también una fuente peculiar de revelación de Dios.** Esos espacios son lugares epifánicos en donde se manifiesta la reserva de vida y de sabiduría para el planeta, una vida y sabiduría que hablan de Dios. En la Amazonía se manifiestan las “caricias de Dios” que se encarna en la historia (cf. LS nº 84)» (nº 19).

Decir que la Amazonía es un «lugar teológico» equivale a decir que la Amazonía es una nueva fuente de la revelación; que la revelación se continúa por lo que el «Espíritu» dice a través de la Amazonía; y, en definitiva, insinuar que el Espíritu inspira, de modo distinto según los lugares y los tiempos, giros doctrinales y cambios en lo que siempre se ha creído. Para el papa Francisco, la fe y la Iglesia están vivas sólo a condición de seguir a los hombres y sus necesidades cambiantes: *el pastor debe seguir y no guiar a las ovejas; es él quien debe tener olor a oveja, y no al revés.* Una Iglesia que tuviese la pretensión de imponer la

misma doctrina inmutable a todos los cristianos es una Iglesia de fariseos que «*petrifica*» la revelación; una revelación que, para el Pontífice reinante, no terminó con la muerte del último apóstol, sino que prosigue especialmente a través del trabajo de los pobres y de las periferias.

Este es el fundamento de la nueva fantasi-eco-teología que se quiere lanzar: la selva amazónica como «*fuerza peculiar de la revelación de Dios*». Aquí no se vuelve a decir simplemente que «*el cielo y la tierra*», y la belleza de la creación en general, «*cantan la gloria de Dios*» (Sal. 18 2), que por su perfección manifiestan que Dios existe y que es la suma inteligencia y bondad; sino que, al contrario, se pretende afirmar que la Amazonía como tal es el lugar de una revelación especial que el planeta entero debe recibir; es, en resumen, una especie de «*bosque elegido*» que tiene un mensaje innovador de parte de Dios para todos los hombres.

2º La «Iglesia en salida» está a la escucha de esta revelación nueva que viene de las periferias.

El corazón de la concepción heterodoxa que el papa Francisco tiene de la Iglesia es la idea de que la revelación no ha concluido, y que el «*Depósito de la Fe*» no es estable e inmutable, sino que está en continua evolución. Por consiguiente, el deber de la Iglesia ya no es esencialmente el de enseñar y transmitir («*tradere*») lo que ha recibido de Nuestro Señor, sino el de hacerse discípula y aprender los nuevos elementos de la «*revelación*» que Dios da esencialmente a través de las periferias, «*de los marginados, de los excluidos*», para utilizar el léxico del Papa.

La nueva «*revelación*» viene así a coincidir, según la visión modernista, con las expectativas y las necesidades de los pueblos, a las que no se puede responder con doctrinas «*petrificadas*». De ahí, por lo tanto, los nuevos e inéditos «*lugares teológicos*», como la selva amazónica, a la que hay que escuchar.

«A través de la mutua escucha de los pueblos y de la naturaleza, la Iglesia se transforma en una Iglesia en salida, tanto geográfica como estructural; en una Iglesia hermana y discípula a través de la sinodalidad. Así lo expresó el papa Francisco en la Constitución Apostólica *Episcopalis Communio*: “El Obispo es, simultáneamente, maestro y discípulo [...]. Es discípulo, cuando él, sabiendo que el Espíritu es concedido a cada bautizado, se coloca a la escucha de la voz de Cristo que habla a través de todo el Pueblo de Dios” (EC nº 5). El mismo se hizo discípulo en Puerto Maldonado al expresar su voluntad de escuchar la voz de la Amazonía» (nº 92).

En el pasaje citado de *Episcopalis Communio*, puede observarse la gravedad del error del Papa: en su pensamiento, puesto que el Espíritu es dado a cada persona bautizada, Cristo habla, y adapta o modifica la revelación dada por los Apóstoles, de abajo hacia arriba, a través de las voces de los individuos o de los pueblos. Por eso la Iglesia es discípula: ya no tiene que enseñar, sino que debe seguir la incesante modificación de la «*revelación*», poniéndose a la escucha de

las personas e incluso de la naturaleza. Y así, por ejemplo, la Iglesia y el Papa, si escuchan a la Amazonía, son discípulos, son una «*Iglesia en salida*», porque a través de la Amazonía es Dios mismo quien habla.

Estamos en pleno corazón del modernismo más audaz y desvergonzado, y, sobre todo, humanamente hablando, estamos ante el fin de la Iglesia católica, ya que no puede imaginarse una teología más mezquina y esquizofrénica. Por lo demás, nadie ignora que el enorme fraude de la «*Iglesia en salida*» no conduce a nada más que a ofrecer a teólogos, obispos o papas que ya no tienen la fe católica, la posibilidad de transmitir sus sueños y sus delirios personales como «*enseñanza*» o «*revelación*», a semejanza de las revoluciones, en las que una minoría organizada impone su ideología en nombre del pueblo y oprime a la mayoría de los ciudadanos.

3º Hacia una Iglesia «poliédrica», sin dogma universal.

Así pues, «*la Iglesia en salida*» amazónica puede y tiene que ser algo innovador, de una novedad en sentido absoluto:

«Una Iglesia con rostro amazónico en sus pluriformes matices procura ser una Iglesia “en salida” (cf. EG 20-23), que deja atrás una tradición colonial monocultural, clericalista e impositiva, que sabe discernir y asumir sin miedos las diversas expresiones culturales de los pueblos. Dicho rostro nos advierte del riesgo de “pronunciar una palabra única [o] proponer una solución con valor universal” (cf. OA 4; EG 184). Ciertamente la realidad sociocultural compleja, plural, conflictiva y opaca impone que se pueda aplicar “una doctrina monolítica defendida por todos sin matices” (EG 40). La universalidad o catolicidad de la Iglesia, por lo tanto, se ve enriquecida con “la belleza de este rostro pluriforme” (NMI 40) de las diferentes manifestaciones de las iglesias particulares y sus culturas, conformando una Iglesia poliédrica (Cf. EG 236)» (nº 110).

El punto resaltado es el más importante: se vaticina aquí la fragmentación de la doctrina de la Iglesia Católica en una pluriformidad de convicciones distintas, como si ser católico no se basara esencialmente en el hecho de compartir firmemente el único *Depósito de la Fe*. Por supuesto, en una perspectiva panteísta e inmanentista, neopagana de hecho, como la que se respira en todo el documento, la multiplicidad de creencias se hace legítima, sin que esta contradicción perturbe a los redactores del documento y a las autoridades romanas, comenzando por el Papa, que lo aprobaron. Además, es propio de la sensibilidad pagana aceptar una multiplicidad de dioses y creencias, sin comprender hasta qué punto es absurda, aunque sólo sea desde el punto de vista de la consideración filosófica y racional. Del mismo modo, se dice que debemos

«superar posiciones rígidas que no tienen suficientemente en cuenta la vida concreta de las personas y la realidad pastoral, para ir al encuentro de las necesidades reales de los pueblos y culturas indígenas» (nº 119).